

Carlos Aznárez

MERCEDES COLAS IRISARRI
MADRE DE PLAZA DE MAYO
LODOSA Y BUENOS AIRES, DOS HITOS DE DIGNIDAD Y DOLOR

Se llama María de las Mercedes Colas Irisarri Cenzano Aramendia, pero para todos los que la conocen, es simplemente Porota, una de las puntales de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, que preside Hebe de Bonafini. Nació en Buenos Aires hace 80 años, (en 1925), adonde pocos años antes habían arribado sus padres –José María y Honorata Melchora– procedentes de Lodosa, Navarra, tratando de poner distancia con la persecución que ya se hacía sentir contra las ideas libertarias del jefe del clan familiar.

Cuando Porota tenía apenas seis años, en 1931, la familia tuvo que tomar nuevamente el camino del exilio. Se imponía en Argentina la dictadura del general Uriburu, un fascista confeso admirador de Benito Mussolini y este último exigía que se extraditara a todos los italianos antifascistas que habitaban a ambos márgenes del Río de la Plata, para luego fusilarlos sin compasión. Pero dejemos que sea esta mujer, a quien los fascistas españoles le fusilaron a su padre y los fascistas argentinos le secuestraron a su única hija, la que nos introduzca en aquella época que sentó la base de acontecimientos similares que marcaron para siempre a la sociedad argentina.

–¿Tu padre frecuentaba a los militantes italianos?

–Mi padre era anarco-sindicalista y en casa vivían varios italianos a los que ayudaba en todo lo que podía. Recuerdo una vez en que mi madre, afligida, le dijo a mi padre que no teníamos comida. El la miró y dijo: “Melchora haz papas pa’ todos”.

Tiempo después nos tuvimos que ir otra vez a Lodosa. Todavía recuerdo que cuando llegamos, una vecina le dijo a mi padre que yo era “maja”, y a mí me quedó grabada esa palabra como la primera expresión de cariño que escuché en aquella tierra a la que aún hoy sigo amando muchísimo.

–¿De qué trabajaba tu padre en aquellos años?

–Era albañil, y enseguida comenzó a conectarse nuevamente con sus compañeros anarquistas. Vivimos en Lodosa y también en Cascante. Hace poco cuando estuve visitando a gente amiga llegué hasta Cascante y busqué la casa en la que habíamos habitado. En ese lugar, ahora estaban construyendo unos pisos modernos. Me emocioné mucho cuando reconocí una plaza donde en aquellos años habían fusilado al alcalde, que era el barbero del pueblo.

–¿Te gustaba seguir a tu padre en sus actividades sindicales y políticas?

–Antes de que estallara la guerra civil yo iba mucho al sindicato de la CNT, sabía lo que era levantar un acta y acompañaba a mi padre en las reuniones. y me acuerdo que con los pocos años que tenía, le enseñaba a los campesinos a leer y a escribir, porque en aquella época había muchísimo analfabetismo. Mi padre era de participar en todo lo que le parecía interesante a nivel conocimiento. Un día iba a haber una charla en un pueblo que se llama Cárcar, y mi tío le dijo que el conferenciante era un comunista que sabía mucho. Entonces él, anarquista confeso, le contestó: “No hay problema, si sabe mucho, algo aprenderemos”. No era nada sectario y siempre trataba de que yo y mis hermanos siguiéramos esa actitud de vida. Siempre me hablaba sin rodeos del amor. Me decía que cuando uno hace las cosas por amor no hay pecado que valga. Explicaba que se prostituye aquella persona que, aunque esté casada, se acuesta con un hombre al que no quiere. E insistía en que no se es mejor porque alguien, a quien no conoces, te firme una libreta y te diga que ya eres honrada y te puedes acostar sin problemas. “El amor es lo más valioso para los seres humanos”, sostenía. Y no me olvidé nunca de esas palabras, me enamoré a los 14 años, me casé a los 19, tuve una sola hija con mi marido, y nunca existió otro hombre.

–¿De qué forma irrumpe la Guerra Civil en tu vida?

–El 18 de julio de 1936 yo había cumplido 11 años y me acuerdo que mi padre y sus compañeros estaban preocupados por



lo que se venía encima. Le escuché decir: “Esto es el fascismo, y el fascismo no perdona. Si nos queremos salvar nos tendremos que ir bien rápido”. Desgraciadamente, Lodosa es el pueblo que más muertos tuvo de toda Navarra, en proporción a la cantidad de población. Con él se fueron cuatro compañeros para el lado de Zaragoza, que era un bastión republicano. Sin embargo, los detuvieron en Tudela, y desde allí los querían traer para Lodosa para fusilarlos en la plaza del pueblo, como ejemplo para el resto. Entonces un tío mío comenzó a hacer gestiones para salvarlo, e incluso le llegaron a decir a mi padre que él se podía zafar del fusilamiento, pero lo rechazó porque no se lo ofrecían también a sus compañeros. Y los fusilaron a todos el 3 de agosto, a las 15:30, exactamente a la hora en que ahora marchamos las Madres…No le puedo fallar, tengo un orgullo enorme del viejo que tuve. Tampoco olvido a algunas mujeres valientes de mi pueblo, como una a la que llamábamos “la Picana”, a la que los fachos le cortaron el pelo a cero para castigarla. Un día ella estaba cargando agua en un cántaro y pasaron unos falangistas, que para provocarla la saludaron con el brazo en alto. Ésta les miró, levantó el puño izquierdo y les dijo: “Así, hasta la muerte”, y la fusilaron sin más.

–¿Cómo se enteraron de la muerte de tu padre?

–Enseguida, y fue conmocionante. El 14 de agosto me vinieron a buscar, me acuerdo que estaba cosiendo un vestido para una muñeca, y entre varios me cortaron el pelo al ras y me pasearon por el pueblo para humillarme. Tenía 11 años pero parecía mayor, y además estaba criada con total libertad. A mi madre le preguntaron si me llamaban Porota porque no estaba bautizada. Entonces me llevaron ante el jefe del pueblo, un catolicón que se llamaba Aramendia. Me dijo que tenía que bautizarme y tomar la comunión. Me pusieron un vestido blanco, y como estaba rapada, me hicieron tirabuzones. Una ricachona del pueblo dijo que era mi madrina, ya que me trataban como un trofeo, y me llevaron a la iglesia. Desde ese momento odio a la Iglesia y a los curas con todas mis fuerzas ya que son unos auténticos hijos de puta. Más aún, pensaba que si Dios existe, sería como ellos, porque si no no podría consentir semejantes crímenes como los que se hacen en su nombre.



–¿Qué le hicieron a tu madre?

–Yo temía mucho que la fueran a fusilar y trataba de protegerla. Recuerdo que mis amigas me perseguían a preguntas sobre si ella iba a la iglesia y si escuchaba misa, y yo les mentía diciéndoles que sí, que iba siempre, para que no la castigaran.

Después, mi tío consiguió, gracias a un vicecónsul argentino que estaba en Pamplona, que nos dieran los pasaportes para poder volver a Buenos Aires. Teníamos que embarcar en Bélgica, y cuando estábamos pasando el puente –era diciembre de 1937– para salir hacia Hendaia, le pregunté a mi madre: “¿No te das vuelta para despedirte del país?”, y me dijo que no, que no quería saber más nada de ese lugar. Yo sí me volví y miré con tristeza. Nos íbamos al destierro.

–¿Fue dura la vida en ese Buenos Aires del retorno?

–Enseguida nos pusimos a trabajar, sirviendo en distintas casas. Yo me empleé como niñera y me trataron muy bien. Luego mi madre se volvió a casar con otro hombre –también anarquista– al que





también quise muchísimo, y comenzamos a frecuentar otra vez los ambientes libertarios, donde entre otros conocí a Abad de Santillán y a muchos italianos que venían huyendo de Mussolini. Me acuerdo que cuando estaba embarazada de mi hija (a la que parí a los 20 años) iba mucho a la cárcel a visitar a compañeros presos anarquistas. También, cuando mi hija era chica y ya bailaba, ambas actuamos para el Patronato Español de Ayuda a las Víctimas del Fascismo, que era uno de los grupos que tenían los exiliados aquí.

–¿Cómo era tu única hija?

–Le puse de nombre Alicia, porque para decir ese nombre hay que sonreir. La eduqué como me había educado mi padre. Con sus mismos valores, diciéndole que no porque se fuera grande se podía saberlo todo, y que si ella veía que había algo que estaba mal o que no entendía, tenía que discutirlo, que no se tenía que amilanar. Una vez, tuve que ir a hablar con el director de su escuela porque la había castigado, dejándola fuera de clase por defender vehementemente a una compañera. Le pregunté entonces a Alicia si creía que tenía razón, y como me contestó afirmativamente, le dije al director, que ella dejaría de ser mi hija si no se rebelara contra una injusticia, y que por supuesto no le daba autorización para que la sancionara por eso. Me la llevé de la mano, satisfecha y muy orgullosa de que fuera así.

–¿En qué organización militó Alicia?

–La verdad es que no lo sé bien, pero creo, por lo que me contaron, que cooperaba con una organización peronista de izquierda, aunque ella no era peronista, por todo lo que fueron sus raíces, y no tenía partido. Era tremendamente solidaria. Como única hija, siempre le regalaba ropa y otros objetos, y después me enteraba que ella no los usaba y se los pasaba a sus compañeras. Cuando se lo recriminé un día, me contestó: “Mami, dar no es dar lo que te sobra, sino compartir lo que tenés”. Y no me olvidé jamás de esa frase.

Cuando se la llevaron –en enero de 1978– tenía 31 años y dejó tres hijos. Fue tremendo, reviví todo lo que el fascismo le había hecho a mi padre, y anduve como perdida durante meses. No lo podía creer.

–¿Cómo lograste salir de ese estado y hacerte “Madre de Plaza de Mayo”?

–Un día vino mi marido, que no sabía nada de militancia ni de política, y me dijo que las Madres estaban caminando en Plaza de Mayo. No recuerdo bien, pero creo que era a principios del 79, cuando llegué a la Plaza, después de haber comprado un pañuelo para ponerme en la cabeza. Me senté en un banco y me puse a llorar. Entonces se acercó otra madre y me preguntó por qué estaba llorando. Le conté que era la primera vez que iba a la marcha, y muy seria me respondió que allí no se iba a llorar, que no les tenía que dar el gusto a quienes habían secuestrado a nuestros hijos, que allí se venía a pelear. Y me hizo levantar para que me juntara con el resto. Así empecé a caminar y sigo hasta hoy.

–¿Nunca tuviste ganas de abandonar?

–Jamás, ni tampoco miedo. Te confieso que no hay cosa que me haga más feliz que enfrentarme con los hijos de puta de la “cana” (policías) o con los milicos. No les tengo miedo, y tampoco querría morirme en la cama, tomando remedios. Quiero morirme peleando.

–¿Cuál crees que es la cualidad que las Madres de Plaza de Mayo le han impregnado a esta sociedad?

–El sentido de la lucha con dignidad, el seguir la lucha de nuestros hijos. Ellos eran revolucionarios y nosotras nos hicimos revolucionarias por ellos. Eso de que ellos nos parieron no es mentira.